THE HORUS HERESY®

THE DEVINE ADORATRICE

Graham McNeill



The heirs of Molech embrace their birthright



LA HEREJÍA DE HORUS

LA ADORATRIZ DE LA CASA DEVINE

GRAHAM MCNEILL



Rodina e Iceman



Y



DRAMATIS PERSONAE

Casa Devine

RAEVEN DEVINE	Segundo heredero de la Casa Devine
LYX DEVINE	Adoratriz Sybaris
ALBARD DEVINE	Heredero y Primogénito de la Casa Devine
CEBELLA DEVINE	Adoratriz Drakaina
CYPRIAN DEVINE	Señor de Molech

Personajes Imperiales

NADEZHDA	Sacerdote de la serpiente en Molech
SACRISTÁN	Adepto del Mechanicus de Molech

I

Finos zarcillos de fragante humo flotaban desde los incensarios con bocas en forma de finos colmillos, llenando la alcoba con una deliciosa mezcla de canela y madreselva. Una fina capa de sudor aceitado y el aliento perfumado completaba la indulgente atmósfera. Estaba amaneciendo, la luz brilló en vetas de oro a través de las celosías de madera de las ventanas, derramándose lánguidamente sobre la agotada pareja que yacía en la suntuosa cama, con sus miradas perdidas, sus extremidades entrelazadas y sus mentes felizmente absortas en sus propios pensamientos.

Junto a la cama, sobre una mesilla hecha a mano, había tres botellas de exquisito vino Caeban. Las manchas rojizas por toda la cama eran testimonio de la generosidad de su consumo. Raeven deslizó el brazo por los hombros de Lyx y paso un dedo sobre la espiral tatuada detrás de su oreja, normalmente oculta por su cabello castaño rojizo.

-¿Sabes la cantidad de problemas en los que te meterías si alguien viera esto?- preguntó.

-Tú lo has visto- le respondió la mujer.

-Sí, pero yo no te denunciare por tener el tatuaje de un culto.

-Entonces, ¿por qué debería preocuparme?- dijo con una sonrisa. -**Tú eres el único que puede verlo.**

-¿Ni siquiera Albard?

-Especialmente Albard, - rió ella, pero él no se dejó engañar por su burla.

-¿Tú no estarás metida de verdad en todo eso del culto a la serpiente?

Lyx negó con la cabeza y lo beso. -**¿Puedes imaginarme a mí, bailando desnuda en medio del bosque?**

-Ahora lo estoy haciendo. ¿Eso es lo que hacen?

-Eso es lo que dicen- dijo Lyx. -**Eso y que sacrifican vírgenes, así como que se aparean con los nagas.**

Raeven hizo una mueca de disgusto. Como la mayoría de la gente, había oído los rumores acerca de las viles prácticas del culto de la serpiente, su falsa creencia en los dioses antiguos y su rechazó a toda forma de autoridad. Y él, como la mayoría de la gente, los había dejado pasar como simples rumores.

-¿Queda algo de beber?- preguntó Lyx.

Él pasó sobre ella para examinar las botellas. Estaban todas vacías y se dejó caer sobre la cama con un suspiro.

-No, hemos acabado con todas.

-¿Nos bebimos todo esto?- pregunto Lyx mientras se giraba sobre su costado. Ella le dedicó una sonrisa con sus gruesos labios cuando su movimiento descubrió su cuerpo bajo las sabanas. Raeven se tomó un instante para saborear el color avellana de piel de su amante y la forma en la que reaccionó ante el aire frío de la alcoba.

-Me temo que sí- dijo él.

-Eso explica porque siento mi cabeza como si uno de los nagas mascota de tu padre la estuviera apretando.

Raeven se frotó los ojos y se pasó la lengua por el interior de su boca. Como Lyx, su piel era del color del roble joven, su cuerpo surcado por las líneas de una musculatura bien definida. Raeven era alto y delgado allí donde su hermano Albard solo podría ser definido generosamente como achaparrado y "robusto"

Sin nada cerca para beber, Raeven estiró una mano y alcanzó un serpentín de correosa piel de azhdarchid (predador de Molech, ave no voladora de gran tamaño, nt) y chupó de la pieza final de latón hasta que las brasas de la cazoleta comenzaron a brillar. Exhaló una bocanada de aromático humo y volvió a recostarse.

-Dudo mucho que los viejos Oruboros o Shesha puedan siquiera romper una cascara de huevo vacía- dijo finalmente. -**Eso que has dicho es una comparación estúpida.**

-Ya sabes lo que quiero decir- dijo ella haciendo un mohín.

-Lo sé, pero eres más guapa cuando estás triste.

-Debe ser por eso por lo que eres tan cruel conmigo.

-Una de las muchas razones- subrayó Raeven, dejando que los efectos calmantes del humo aliviarán en él la inquietud que siempre sentía cuando se despertaba en la misma cama que Lyx. Pese a todos sus atractivos naturales y a sus habilidades amorosas, no podía librarse de la sensación de que había algo antinatural en su… ¿Su qué?, ¿Acto amoroso? Difícilmente, porque había poco amor entre ellos.

Fornicar con ella era algo salvaje, en el cual ambos encajaban en un frenético acoplamiento, pero eso no acababa de expresar el escalofrío que sentía por la naturaleza tabú del acto. Raeven miró al anillo en el dedo de Lyx y casi se echo a reír cuando sus ojos mejorados genéticamente leyeron la inscripción de esponsales grabada con láser en su superficie de platino.

-¿Qué es lo gracioso?- preguntó Lyx.

-Nada- respondió él. -**Es sólo que visto el voto de fidelidad de Albard inscrito en tu anillo.**

Ella metió la mano debajo de las sabanas y su rostro se sonrojó. Se encogió de hombros.

-Es un anillo bonito e insistió en que lo guardara.

-Sí- dijo Raeven, dejando la boquilla de la pipa nuevamente en su base. -**Me gusta saber lo que estoy profanando.**

Ella sonrió y extendió la mano para atraerle hacia ella. Sus dedos rozaron los bordes de acero de las conexiones perforadas en la carne de su cuello y la columna vertebral. Él vio como ella se estremecía ante la presencia fría y metálica en su piel y se tomó un segundo para saborear la mirada de disgusto que brilló en sus ojos.

-¿No te gustan?

-No, son fríos.

-Pues ya deberías estar acostumbrada- dijo Raeven, abrazándola en la cama. Se inclinó para besarla, pero ella giró la cabeza hacia un lado.

-¿Te dolió?- pregunto. -**¿Cuándo los Sacristanes te hicieron los cortes?**

Raeven asintió mientras seguía apoyado sobre sus codos. -**Sí, los Sacristanes nos inmovilizaron con inhibidores musculares, pero padre decidió que debíamos someternos a la cirugía sin el beneficio de bloqueantes del dolor, al igual que lo hizo él en su día. Estábamos paralizados, pero conscientes.**

Ella se estremeció ante la idea de ser cortada y abierta por los sacerdotes con máscaras de hierro de Marte y sus serviles Sacristanes. Raeven sintió como se le tensaba mandíbula con el recuerdo de la operación, atado en una camilla de bronce, en las profundidades del Santuario, mientras que Albard y él se miraban frente a frente a través de la habitación forrada de cerámica verde botella y de acero quirúrgico. (Sacristán, artífice de los Mundos de Caballeros, incluido en el Culto Mechanicus, entrenados por el Adeptus Mechanicus para el mantenimiento y reparaciones de los trajes de los Caballeros Imperiales, nt)

-Sospecho que padre esperaba que yo gritara, pero que me aspen si le di tal satisfacción.

-¿Cómo los siente ahora?- preguntó ella, mientras acariciaba los bordes de las conexiones y metía sus dedos en el interior, pese a su declarada aversión. Esa era su manera de ser, un momento expresaba su disgusto y al siguiente se convertía en curiosidad no disimulada. Así había sido la primera vez que la había llevado a su cama, con ella suplicándole que no lo hiciera, que lo que estaban haciendo estaba mal, pero volviendo a él noche tras noche.

-Las siento como si fueran parte mí- dijo encogiéndose de hombros. -**Ya las considero como si siempre hubieran estado ahí.**

-Las de Albard se le infectan- dijo Lyx, frotando la piel alrededor del conector neuronal, Raeven noto como su respiración se aceleraba. -**Me hace frotárselas con cataplasmas desinfectantes varias veces al día.**

-¿Y a él le gusta?

Lyx negó con la cabeza. -**No, lo odia.**

-Bien- dijo Raeven, la besó y sintió como el cuerpo de ella respondía a sus caricias.

Más tarde, con Lyx ya dormida, Raeven se deslizó fuera de la cama y caminó suavemente por el suelo de su despacho. El aire era frío en lo alto del valle, pero las gruesas pieles de mallahgra cazadas por su abuelo en las selvas de Kush

mantuvieron sus pies agradablemente cálidos. El sudor se enfrío rápidamente en su piel y se puso una bata verde mar ribeteada en piel de xenosmilus alrededor de su cuerpo desnudo. Más allá de las lamas de la persiana, podía escuchar los sonidos de la ciudad preparándose para las celebraciones del día, el emocionado bullicio de decenas de miles de voces.

Pese a que Raeven estaba a cientos de metros sobre la ciudad, en una de las tres Torres Devine, le pareció que todavía podía oír la cosmopolita mezcla de acentos cuando personas llegadas de todo el mundo se reunieran para honrar la Conversión de los hijos de Lord Devine. Los comerciantes de Loquash regateando con los hombres pintados de Aenatep. Artesanos de la Ciudad Clockwork (mecanismo de relojería, nt) desvelarían el tic-tac de sus maravillas mecánicas, con la esperanza de evitar la no deseada atención de la Guardia Sacristán, mientras que las diversas Casas harían desfilar a sus mejores y más valientes caballeros, haciendo alardes de sus grandes cacerías y de la productividad de sus satrapías. Y el pueblo de Lupercalia soportaría la intromisión de tantas miles de personas en su ciudad con la estoica seguridad de que ninguno de los recién llegados podía hacer sombra a la Casa Devine.

Raeven retiró las pesadas cortinas y abrió las persianas que daban a la terraza de piedra, sintiendo que la ciudad era suya y sólo suya.

Una extensión de terreno escalonado se abría ante él, llenando el ancho valle de un lado a otro y cayendo en cascada hacia las fértiles llanuras de más allá. Coloridas estructuras de todas las formas imaginables, tamaño, altura y orientación se empujaban por espacio en medio de unas calles diseñadas para marcar las cualidades de las legiones del Emperador, cuando estas llevaron a este nuevo mundo al abrazo del Imperio.

Cuando el León levantó la Ciudadela del Alba sobre una colina en la parte superior del valle, las calles adyacentes se dispusieron en un inflexible patrón de cuadricula. Y donde la geografía local osó interferir en ese plan urbano, fue arrasada por el Mechanicus. Más abajo, en el valle, las calles se entrelazaban en un intrincado laberinto, se dice que la naturaleza de la libre circulación, pero ordenada, de esa zona es una representación de las decisiones tácticas de Horus, el Señor de la Guerra. El Khan había optado por no dejar su marca en la piedra y, en su lugar, había tomado para sí mismo los lugares salvajes y las altas montañas. Nadie sabía exactamente que legado dejó el Primarca de los Cicatrices Blancas cuando se

marchó, pero en los corros de los fuegos nocturnos se susurraba que había hablado a las tribus y las casas señoriales de las cosas secretas que vivían en los bordes del mundo.

La única obra que unía toda la naturaleza del caótico desarrollo urbano de la ciudad era la Vía Argentum, una avenida procesional recta como un rayo láser que subía a lo largo de todo el valle, desde su amplia base a la fortaleza rocosa construida en la piedra ocre de la montaña. Raeven puso una mano sobre sus ojos y miró hacia la artística forma de la cumbre, una característica que era más una declaración tallada en la faz del mundo por la mano del hombre que un simple capricho geológico.

Unas manos se deslizaron alrededor de su cintura y Raeven olió el aceite de jazmín que a Lyx gustaba frotar sobre su piel. Podía sentir que estaba desnuda, se preguntó si tendría tiempo para volver a llevarla a la cama antes de que su madre viniera a buscarlo.

-¿Estás nervioso?- le preguntó.

Miró a la cúpula de mármol de la ciudadela, el brillo del sol de la mañana capturado en las bandas de cobre entre los artesonados paneles azules. Sacudió la cabeza, enojado porque ella pudiera pensar que tenía miedo de lo que este día prometía.

-No- dijo, empujándola lejos. -**Llevo preparándome para el Ritual de Conversión desde mi decimo verano. Sé quién soy, estoy listo para lo que vendrá. Si un zoquete como padre pudo pasar a través de él, no creo que yo vaya a tener ningún problema.**

-He oído que el primogénito de Casa Tazkhar murió y que tres de sus hermanos se volvieron locos después de que pasaron por ello.

-¿Casa Tazkhar?- se burló Raeven. -**¿Y qué esperabas de unos nómadas quemadores de estiércol que ni siquiera pueden construir una ciudad en condiciones? Seguro que algunos chamanes manchados de mierda y disfrazados de Sacristanes vertieron veneno de sus santas nagas en los conectores neuronales.**

-No deberías enfadarte- dijo Lyx. -**Tienes que estar tranquilo. La huella del Trono Mechanicus se basa en su estado neuronal en el momento de la conexión.**

Raeven se volvió hacia ella y se echó a reír, una amarga sonrisa burlona.

-Y ahora resulta que tú eres un sacerdote del Mechanicus ¿verdad? ¿Qué otras perlas de sabiduría tienes para mí, o es que tu visión única sólo se extiende a lo que salta a la vista?

Lyx frunció los labios. -**Estás de muy mal humor esta mañana.**

-**Sólo soy aquello en lo que me has convertido-** contestó. -**Siempre lo he sido.**

La mano de Lyx se alzó para abofetearlo pero la manipulación genética en el linaje masculino de la Casa Devine a lo largo de los siglos se aseguró de que la velocidad de reacción de Raeven fuera mucho más rápida que la de ella. La cogió la mano y torció su brazo salvajemente alrededor de su espalda. La empujó de nuevo a la habitación y la tiro boca abajo sobre la cama. Ella se volvió hacia él mientras se abría su túnica, su expresión era la misma mezcla de repulsión y devoción que cuando eran niños.

Antes de que pudiera hacer algo más, la puerta de su habitación se abrió y una mujer escultural con un vestido suelto de iridiscentes escamas entro impetuosamente. Llevaba un alto tocado de naga y varios criados cegados con veneno seguían su estela, cada uno de ellos portaba una selección de trajes para que él eligiera.

-¡Madre!- dijo Raeven, colocando sus manos en las caderas y suspirando con exasperación. -**¿Ya no llamas a la puerta?**

Cebella Devine negó con la cabeza y movió un dedo como gesto de amonestación. -**¿Qué madre tiene que llamar a la puerta de su hijo en el día de su Conversión?**

-Claramente, tu no- dijo Raeven.

-Silencio ahora- dijo Cebella pasando una larga uña por el musculoso pecho de su hijo. -**Hoy no tienes que estar enfado conmigo. Especialmente, hoy no.**

-Ahórratelo madre- le contestó Raeven. -**Lyx ya me ha iluminado bastante con todo su amplio conocimiento en la materia.**

La expresión de Cebella se endureció y se volvió hacia la joven de la cama, que la devolvió la mirada con un fulminante desprecio.

-Vístase Lyx- dijo Cebella. -**No es apropiado que hoy esté usted aquí.**

-¿Sólo hoy?- sonrió Lyx.

-Si va a ser la Adoratriz consorte de Raeven, necesita comenzar a actuar como tal.

-¿Al igual que lo es usted de Cyprian?- bufó Lyx. -**Casi no me lo creo.**

-¡Fuera!- dijo Cebella, su rostro convertido en una máscara de granito. -**Albard pronto estará aquí. Tome los túneles de los siervos y no se deje ver hasta que concluyan los actos.**

-Con mucho gusto- dijo Lyx, controlando visiblemente su furia y recogiendo su ropa. Se la puso con la velocidad que da la práctica y, ya totalmente vestida, paso junto a Raeven para plantarle un beso en la mejilla. -**Hasta luego.**

Cebella chasqueó los dedos. **-Que alguien abra esas cortinas. Esta habitación huele a burdel**- ordenó.

-Bueno, tú eres toda una experta en el tema- murmuró Lyx, lanzando una puya final y pasando junto a Cebella para desaparecer por la puerta.

-Bien- dijo Cebella, lanzando una mirada crítica sobre su hijo. -**Vamos a ver si podemos hacer que parezcas vagamente presentable.**



II

Varias horas más tarde, vestido con costosas sedas negras y verde océano, fajas y capas de color rojo y azul, y un pantalón crema muy ajustado metido dentro de unas botas de montar hasta las rodillas con altos tacones, Raeven seguía a su madre por las escaleras de la torre. Ella estaba recitando una lista de los diversos dignatarios que estaban allí para celebrar su conversión y la de Albard. Él se desconectó de aquel momento, pensando en la noche que había pasado con Lyx. Como siempre, los recuerdos le trajeron un curioso sentimiento, mezcla de culpa placentera y de vergüenza.

Cuando llegaron a la gran sala en la base de la torre, su madre volvió su rostro matriarcal hacia él. -**¿Has escuchado alguna palabra de lo te he dicho?**

-No, en realidad, no- confesó él, escuchando el sonido de los crecientes vítores y las celebraciones por las calles, más allá de la torre.

Antes de que Cebella pudiera regañarle por su comportamiento ignorante, un grupo de guerreros armados irrumpió en la sala, hombres fuertes y salvajes, armados con una impresionante panoplia de armas de feroz aspecto, diseñadas para matar en una miríada de dolorosas manera. Liderando a los guerreros, marchaba un hombre vestido con una pesada armadura, que relucía como la plata pulida, el tipo de hombre que hace cinco siglos iría erguido sobre un caballo, de haber encontrado uno lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

Era poderoso y de construcción amplia, su rostro mostraba una ligera papada, un rasgo en el que su joven rostro cedía ante la genética de su padre. El lado derecho de su cara estaba marcado por múltiples quemaduras que habían cicatrizado mal y su ojo derecho había sido reemplazado por un implante augmetico, después de que la caza de un mallahgra terminara mal y la bestia lograra abrirle el cráneo.

Albard Devine, descendiente primogénito de Casa Devine, sacudió la cabeza ante el atuendo de su hermano. -**¡No estás vestido para la guerra!**

-Aguda observación, como siempre, hermano- estuvo de acuerdo Raeven mientras hacia una breve reverencia.

-¿Por qué estás vestido así?- exigió Albard.

Su hermano formaba sus palabras con deliberad lentitud, la pésima cicatrización le hacía sonar como un simplón si intentaba hablar demasiado rápido. Cada vez que Raeven le veía, se acordaba de lo contento que tenía que estar por ser más joven que Albard y poder haberse librado de la quema ritual del rostro del heredero primogénito varón al alcanzar la mayoría de edad.

-Estoy vestido así- dijo Raeven **-porque es ridículo que tengamos llevar esas obsoletas armaduras durante todo el camino hasta la ciudadela sólo para quitárnoslas otra vez. Esos reactores son tan viejos que, probablemente, tengan fugas de radiación que pueden impregnar tus huesos. Recuerda mis palabras, te arrepentirás de vestir esa monstruosidad metálica cuándo estés tratando de engendrar un heredero.**

-Los hombres de Devine han lucido la armadura de plata desde que nos levantamos para gobernar este mundo- dijo su hermano, dando un paso hacia él y mirándolo

fijamente. -**No deshonraras a nuestro padre faltando al respeto a las tradiciones. Debes usar la armadura.**

Raeven negó con la cabeza. -**No, creo que estoy mejor así.**

La nariz de Albard se arrugó por el asco cuando el aroma de los fragantes aceites que impregnaban los cabellos de Raeven lo alcanzaron. Raeven vio un destello de reconocimiento, y reprimió el impulso de regodearse de su hermano al reconocer este los aceites de su esposa.

-Hueles como si hubieras estado toda la noche de putas- dijo Albard dando vueltas a su alrededor.

-Bueno, ahora que lo dices, tuve suerte con una señorita…- dijo Raeven.

La mano enguantada de su hermano se movió para golpearlo. Raeven se tambaleó hacia un lado.

-Vamos hermano- dijo. -**No eres, ni de lejos, lo suficientemente rápido para golpearme otra vez.**

Albard miró hacia Cebella y Raeven ocultó una sonrisa cuando apreció el profundo odio y las décadas de mutuo aborrecimiento que había entre ellos.

-Esto es obra tuya- dijo Albard. -**Tu lengua de víbora ha convertido a tu hijo en un patán engreído.**

-Albard, hijo mío- comenzó a decir Cebella.

El hermano de Raeven la interrumpió airado. -**¡Tú no eres mi madre, bruja! ¡Mi madre murió y tú sólo eres la puta que comparte la cama con mi padre y me da hermanos no deseados!**

Los guerreros de atrás se tensaron a la espera de la respuesta de Raeven. Ellos sabían lo suficiente como para saber que no era un hombre que pudiera ser subestimado. El aire condescendiente y frívolo cuidadosamente cultivado por Raeven ocultaba a un guerrero de gran habilidad, más de un noble necio sólo lo había descubierto tras un duelo, en el extremo de un sable charnobal.

-Cuidado, Albard- dijo Raeven. -**Un hombre podía ofenderse por semejante insulto a su madre.**

Su hermano se dio cuenta de que había cruzado una línea, pero no estaba en Albard el disculparse, otro rasgo que compartía con su padre.

-Vamos a acabar con esto, ¿de acuerdo?- dijo Raeven pasando junto a Albard y a su séquito de guerreros fuertemente armados. -**Padre estará esperando.**

Una multitud aullante se alineaba en la Vía Argentum mientras el carruaje les llevó hacia lo alto del valle. Miles de hombres y mujeres atestaban las calles en todo el recorrido procesional, muchos miles más les vitoreaban desde las terrazas y las ventanas que daban a la Vía. Raeven saludaba a su pueblo, lanzando besos a las chicas y mostrando sus puños a los hombres. Ambos gestos eran pura pantomima, pero a nadie parecía importarle.

-¿Por qué tienes que hacer eso?- dijo Albard. -**Se supone que esta es una ocasión solemne.**

-¿Quién lo dice?- respondió Raeven. -**¿Padre? Pues razón de más para hacerlo.**

Albard no respondió y se quedó sentado, mirando al frente estoicamente dentro de la plataforma gravitatoria de techo abierto que les llevaba majestuosamente hacia lo alto de la Vía. Todo un regimiento de caballería huscarl cabalgaba delante del transporte flotante, dos mil hombres con uniformes plateados y cascos con plumas púrpuras. Cada hombre portaba en su mano una lanza en alto con brillante punta y un fusil-carabina terciado a su espalda. Otros cinco regimientos de infantería les seguían, marchando con un paso perfecto, con brillantes banderas de plata y acero, y flamantes fusiles láser sobre sus hombros.

Y esto no era más que una mínima fracción de las fuerzas armadas al mando de Casa Devine.

Mucho más abajo, en posiciones protegidas, cientos de miles de soldados de infantería mecanizada, divisiones de tanques superpesados, baterías de artillería y cohortes completas de robots de batalla estaban preparados para cumplir las órdenes del Comandante Imperial de este mundo. Que alguien hubiera pensado que el padre de Raeven era el hombre adecuado para ese papel, claramente para Raeven no, era otro ejemplo de los absurdos inherentes a la creación de este nuevo Imperio.

Flámulas y bandera en negro y oro, marfil y verdemar, colgaban de todas las ventanas, junto con la bandera del águila y la naga entrelazados, que había sido la

heráldica adoptada por Casa Devine tras la llegada de las legiones del Emperador, hace noventa y siete años. Después de un sometimiento sin sangre, gracias en buena parte a los enormes y meticulosos registros mantenidos por cada casa nobiliaria, los calendarios existentes habían sido desechados a favor del nuevo sistema de datación Imperial.

En su cuenta, el año en curso era el 966.M30 y el ciento sesenta ocho de la Gran Cruzada del Emperador. Era una medida del tiempo monstruosamente arrogante, pensó Raeven, pero parecía satisfacer perfectamente al emergente Imperio galáctico.

Múltiples dispositivos heráldicos proclamaban la presencia de otras Casas nobiliarias, Raeven reconoció a la mayoría gracias a años de forzado estudio desde niño, pero no fue capaz de distinguirlas todas. Lo más seguro es esas que fueran Casas de provincias, apenas dignas del nombre y que apenas podrían presumir de poner un solo guerrero en pie.

Raeven se sentó en el duro asiento de madera del carro, disfrutando de la adulación de la multitud. Sabía que la mayoría de los vítores eran para Albard, pero no le importaba. A la gente le gusta que sus reyes guerreros parecieran "guerreros" y su hermano encajaba mejor en esa descripción.

Uncida al carro y gruñendo por el esfuerzo de arrastrarle, había una criatura poderosa, con los anchos hombros de un grox y un largo cuello, que al menos se elevaba cuatro metros sobre su cuerpo. Encima de ese musculoso cuello había una feroz cabeza de ave, con un pico afilado como una navaja y unos ojos hostiles. El azhdarchid era una criatura voladora, un pájaro, que vagaba en pequeños grupos familiares por llanuras cubiertas de hierba, a la vista podía resultar cómica, pero era un depredador mortal capaz de derribar incluso a un cazador bien armado.

Unos implantes cerebrales incrustados en su cráneo habían sometido a la bestia y la habían vuelto sumisa, Raeven se preguntaba lo que sucedería si estos fueran retirados. *¿Podría una bestia domesticada recuperar su naturaleza bestial?*

El azhdarchid no era la única bestia que formaba parte de la procesión.

Detrás del carruaje se escuchaban las fuertes pisadas de una gigantesca forma simiesca, un mallahgra, una de las escasas grandes bestias que aún quedaban más allá de las altas montañas boscosas de las tierras altas de Untar Mesas. Cuando

estaba en pie, completamente vertical, medía cerca de los siete metros de altura y estaba cubierto por una gruesa piel del color del granito rojizo. El mallahgra era un animal muy poderoso, sus cortas patas traseras y sus largos miembros superiores tenían músculos gruesos y fuertes como cables, capaces de abrirse camino con facilidad a través de la armadura más gruesa. Su cabeza, en forma de bala, era una mezcla de pesadilla de un escarabajo blindado con unas fauces llenas de dientes como de tiburón, capaces de tragarse a un hombre entero de un solo bocado. Tenía seis ojos, dos hacia adelante como un depredador, uno a cada lado del cráneo como un animal de presa, y otro par en la base de su cuello.

El hermano de Raeven sabía por amarga experiencia que este curioso desarrollo evolutivo les había hecho diabólicamente difíciles de cazar. Al igual que el azhdarchid, el cerebro del animal estaba traspasado por implantes para reprimir sus instintos naturales, y también se le había encargado un deber en este desfile.

El mallahgra llevaba sus manos con garras encerradas dentro de unos ajustados cepos realizados en bronce y hueso. Con ellas sujetaba un alto mástil del que colgaban media docena de cadáveres que se mecían al bamboleante paso de la bestia. El viento cambió y el hedor de la carne muerta flotó hasta el carruaje. Albard arrugó la nariz y sacudió la cabeza.

-¡Trono, que mal huelen!- dijo.

Raeven se giró para observar los cadáveres. Todos estaban desnudos y tenían tablas clavadas a sus costillas que proclamaban su crimen.

Solo una transgresión merecía tal castigo: la herejía.

-Me temo que es el precio a pagar- murmuró.

Albard frunció el ceño. -**¿Qué quieres decir?**

-Los seguidores de los dioses serpiente son sacados a relucir cada vez que se lleva a cabo un nuevo acto de obediencia ceremonial- dijo Raeven. -**Después de todo, tenemos que hacer una demostración de nuestra voluntad de aceptar el nuevo orden de la galaxia y demostrar que estamos haciendo nuestra parte para purgar al planeta de las viejas costumbres. La Verdad Imperial lo exige-** Raeven sonrió. -**Hace un siglo, podríamos haber sido tú y yo quienes colgásemos del mallahgra.**

-La Casa Devine abandonó la creencia en los dioses serpiente hace más de cien años- dijo Albard, mientras la caballería huscarl se abría siguiendo unos patrones predeterminados.

-Por suerte para nosotros, ¿eh?- dijo Raeven. -**¿Qué fue lo que dijo madre? Ah, sí, la traición no es más que una simple cuestión de fechas.**

La cabeza de Albard se giró ante la mención de su madrastra, pero Raeven ignoró el gesto de hostilidad de su hermano.

La ciudadela se alzó ante ellos, una sólida masa de piedra tallada en la montaña por los geo-formadores del Mechanicus. Raeven no había nacido aún, pero había visto las pictografías y leído los relatos sobre su creación, una hipérbole chillona sobre el movimiento de los continentes, la reforma de los mundos por la voluntad de los Primarcas… bla, bla, bla…

Como pieza de arquitectura era, sin duda, un edificio llamativo, un monumento al arte del constructor de fortalezas, donde no había ahorrado ningún gasto ni se había perdido la oportunidad de construir otro baluarte defensivo. Gruesos muros de piedra ocre, altas torres, un singular portal de adamantium plateado y accesos tan hábilmente creados que aseguraban que sólo un auténtico loco se atrevería a asaltar sus muros.

De pie, ante la Puerta Argent estaba Cyprian Devine, conocido como Cuchilla del Infierno (Hellblade) por sus enemigos, y como el Comandante Imperial por sus súbditos.

Raeven le conocía como Padre.

Lord Devine se alzaba a diez metros de altura dentro de su armadura de Caballero Senescal, una imponente construcción creada con tecnologías de miles de años antes del Imperio. Encorvada, como si estuviera a punto de atacar, la montura de su padre era un conjunto de curvas y líneas brutales y crueles. Sus piernas eran pistones y estaban revestidas de cableado, su caparazón verde y negro estaba segmentado y superpuesto, como el de un gigantesco chelonian de los pantanos.

(Chelonian, una gigantesca bestia blindada, herbívora, tan grande como un transporte Rhino, nt) (Los Caballeros Imperiales son máquinas de guerra, se podría decir que son titanes pilotados por un solo hombre. Aunque tal definición no es

exacta, el titán más pequeño es mucho mayor que un Caballero Imperial, es solo una idea aproximada, nt)

El naga entrelazado con el águila estaba representado en las banderas que ondeaban colgadas del sable-sierra y de los cañones gemelos de sus turbo-láseres del Caballero de su padre. A medida que el carruaje se acercaba, un dosel sobre el blindaje de la cabeza de la máquina se abrió a lo largo y lanzó una fina llovizna de fluido refrigerante y vapor, como si se tratara del cálido aliento de la máquina de guerra.

Atado con correas al asiento del piloto y conectado a la máquina con numerosos cables, la poderosa y legendaria figura de Cyprian Devine miró hacia abajo, hacia sus hijos, mientras los vítores de la multitud se elevaban con más fuerza hacia las alturas, atronando a lo largo de ambos lados del valle. Las dos grandes bestias se estremecieron al oír el ruido, el mallahgra sacudió los cuerpos colgados y el azhdarchid soltó un enojado chillido. Los saludos con el fuego de cañón se sumaron a la cacofonía y la música de de una docena de coloridas bandas anticipó el descenso de Albard y Raeven del carruaje.

Los hijos de Lord Devine debían someterse al ritual de la Conversión, con el fin de asumir sus derechos de nacimiento como Caballeros de Molech.

Un momento así en la historia era digno de ser celebrado.



III

Los pasillos del Santuario estaban pulidos como el acero, creado hace más de mil años por los primeros pobladores que llegaron a este mundo, así decía la leyenda. Lyx lo creía. Las placas de cubierta, las vigas de apoyo de hierro y las silbantes tuberías de vapor que corrían a lo largo y lo ancho de la estructura, estaban impregnadas por el añejo aroma de la edad. Tan lejana era su creación que ni siquiera tenía la apariencia de haber sido construido por la mano del hombre.

Si se concentraba, podía sentir el omnipresente zumbido de los colosales generadores enterrados en la roca de la montaña, los glaciales latidos los motores inactivos de la bóveda inferior, el lejano susurro de un millón de voces que hacían eco por toda la cámara cuando las noches se alargaban y la sombras se deslizaban fuera de sus escondites. Lyx sabía que ella no era la única que las escuchaba, pero sospechaba que ella era la única que realmente sabía lo que eran.

Pasó a unos cuantos sirvientes, huscarls y hombres de armas, pero ninguno se atrevió a identificarla.

Lyx tenía temperamento, decían. Era impredecible, decían.

Volátil, esa era otra palabra que utilizaban.

Lyx no creía que hubiera matado a nadie, aunque sabía al menos de una sirvienta que nunca volvería a caminar y de otro que había cegado al abrasarle los ojos con una tisana que no había sido endulzada siguiendo sus exactas especificaciones. Un lacayo había perdido sus manos después de haberla rozado en los establos y permitir que sus dedos tocaran la piel desnuda de su brazo. Raeven le había mutilado en un salvaje ataque, cortando los dedos, uno a uno, mientras que el muchacho rogaba por su vida, con los brazos en alto en señal de súplica.

Ese recuerdo hizo que Lyx sonriera y nuevamente fue hermosa.

Todo rastro de la escondida cita de la noche anterior y de su precipitada salida de la cámara de Raeven había sido borrado a fondo por sus doncellas, que conocían mejor que nadie cómo ocultar las evidencias de su comportamiento. Vestida con traje apropiadamente arcaico de paneles de cobre, encajes y un escotado corpiño de mallahgra y hueso, se movía por los pasillos oscuros, como un fantasma. Llevaba el pelo recogido en una brillante cascada castaño rojiza, sujeto con alambre de plata y madre-perla, cuidadosamente arreglado para ocultar el tatuaje de serpiente detrás de su oreja.

Ante Lyx apareció cada momento de su futura vida como Adoratriz consorte, la que aspiraba a tener.

Pero no con el brutal Albard, sino con Raeven.

El destino había elegido un camino diferente para ella: un camino repugnante, odioso, pero las voces le habían prometido que su destino aún podía ser cambiado.

Y si algunas normas y convenciones sociales tenían que ser burladas para lograr ese fin, pues aún mejor.

Subió los últimos escalones de rejilla de hierro hacia los niveles superiores del Santuario, sabiendo que Albard y Raeven pronto estarían caminando hacia la gran ciudadela.

Razón de más para darse prisa.

En la parte superior de la escalera, otro corredor metálico torcía alrededor del edificio, pero Lyx se dirigió a la primera puerta. Llamó tímidamente y pasó dentro tan pronto como se abrió.

La sala desmentía la apariencia exterior de antigüedad del Santuario, llena de relucientes bancos de compleja maquinaria, gimientes tuberías, crepitantes orbes de cristal y palpitantes generadores. El hombre que había venido a ver cerró la puerta y lanzó a Lyx una inquieta mirada llena de deseo y ardor.

-¿Te han seguido?- preguntó él, sin aliento por la excitación.

-Por supuesto que no- le contestó. -**Nadie, salvo tú, sería capaz de seguirme de buen grado.**

La boca del hombre se abrió y se cerró como la de un pez fuera del agua, a ella le repugno el haberle dado permiso para tocarla. El Sacristán Nadezhda era un hombre de mediana edad, delgado, cuyo rostro era mitad máquina, mitad humano, uno de los artífices que se ocupaban del mantenimiento de los imponentes Caballeros en el corazón del Santuario. La parte humana de su cara estaba parcialmente oscurecida por el serpentino tatuaje de un naga enrollado alrededor de la órbita de su ojo.

No del todo Mechanicus, pero tampoco del todo humano.

Pero lo suficientemente humano.

-No, supongo que no- dijo él, su evidente alivio se reflejó en la relajación de su permanente ceño. -**Pero ellos no te conocen como yo. Ellos no ven la suavidad que intentas ocultar tras esa dura actitud patricia.**

Ella quiso reírse, pero los asuntos que estaban en curso de realizarse contuvieron sus ganas de burlarse de él.

-Nadie más lo puede ver- dijo, pasando un dedo burlón sobre la curva de su escote. -**Sólo tú.**

Nadezhda pasó se lengua seca sobre sus labios, mirando el escote con un deseo no disimulado. -**¿Tenemos tiempo para una última… ya sabes, antes de que lleguen los hijos de Lord Devine?**

Lyx sintió como se acumulaba una presión detrás de sus ojos que le daban ganas de sacar la hoja de hueso que ocultaba en su corpiño y clavarlo en la garganta de Nadezhda, una y otra vez. Ella lo reprimió y dejó escapar un suspiro. Nadezhda tomó ese gesto como una afirmación y hurgó en el cinturón de su túnica carmesí.

-Sí, mi amor- dijo Lyx, mordiéndose el labio inferior para evitar mostrar el asco que sentía. -**Pero necesito que hagas algo por mí. Algo que me demuestre lo mucho que me quieres.**

-Cualquier cosa- dijo Nadezhda.

-Estoy tan contenta de oírte decir eso- ronroneó Lyx.



IV

Albard y Raeven marcharon codo con codo hacia su padre y, a pesar de sí mismo, Raeven tuvo que admitir su ropa no era la adecuada. No había estado preparado para llevar la vieja armadura de fusión reservada para él desde su decimo cumpleaños, pero deseó, al menos, haber llevado una espada al cinto o una pistolera. Incluso desde aquí podía ver la ira de su padre ante su rico atuendo.

Tendría que responder por su atuendo, eso suponiendo que sobreviviera al Ritual de Conversión.

Desde lejos, la armadura de un Caballero era impresionante. De cerca, era francamente aterradora.

Raeven nunca había visto a los dioses-máquina del Mechanicus, pero no podía imaginar que fueran más terribles que esto. Por supuesto, él ya sabía que eran más grandes, pero en las video-capturas que había visto, eran gigantes, pesados, como

montañas en movimiento que ganaban batallas por la magnitud de su potencia de fuego, en lugar de cualquier otro refinamiento táctico.

Un Titán era una máquina de guerra, un Caballero era un guerrero.

Los dientes de Raeven rechinaron por los escudos de iones del Caballero e, incluso desde el suelo, sintió el ardor del disgusto de su padre.

A pesar de que proyectaba un despreocupado aire de desinterés, Raeven había estudiado los elaborados protocolos y las observancias del ya cercano Ritual de Conversión. Sabía que se recitarían largos catecismos sobre el deber, el honor y la lealtad y mnemotécnicos que le ayudarían en el proceso de unión y asegurarían una conjunción perfecta con la armadura que debía pilotar después de un aprendizaje exitoso.

Sólo en estos momentos Raeven comenzó a darse cuenta de que, tras está noche, ya no sería el mismo hombre. La vinculación con su armadura le cambiaría para siempre, una astilla de duda se clavó en su cráneo, como un gusano se abría paso a través de una manzana podrida.

Albard cayó de rodillas ante Lord Devine, los servos de su armadura de fusión gimieron por el movimiento.

Raeven vaciló, pero antes de que pudiera imitar el movimiento de su hermano, oyó gritos detrás de él. Escuchó disparos, seguidos de algo que sonó como la detonación de una granada. Se dio la vuelta para ver como un hombre corría entre la multitud con su larga túnica ondeando tras él como una capa. Su rostro estaba parcialmente aumentado, un tatuaje en espiral se dibujaba alrededor de la piel de su ojo izquierdo. Hombres y mujeres yacían moribundos, dispersados por la explosión que había abierto un hueco en la barrera de seguridad que separaba a las multitudes de la Vía Argentum.

El hombre corrió hacia la montura de Cyprian Devine. Raeven vio que llevaba algo atado a su pecho, una especie de bandoleras cruzadas transversalmente, una serie de cajas negras con cables que parecían generadores en miniatura. La Guardia de Casa Devine abrió fuego contra el intruso. Disparos láser y proyectiles sólidos surcaron el aire, pero el hombre paso entre ellos como si fuera un fantasma. Raeven se agachó detrás del aún arrodillado Albard cuando una bala paso junto a su oreja y rompió un trozo de calzada a sus pies.

-¡Los dioses serpiente viven!- gritó el hombre cuando llegó junto al carruaje, activando un detonador de fabricación casera. Raeven se quedó sorprendido al notar algo familiar en su apariencia, pero antes de que pudiera darse cuenta de quién era, la bala de un huscarl finalmente alcanzó al hombre en la cabeza, justo cuando detonó el dispositivo sobre su pecho.

La explosión levantó a Raeven del suelo, pero el hombre no había usado una bomba convencional, los detectores químicos la habrían detectado mucho antes de que llegara tan lejos. Era algo mucho más peligroso, un poderoso pulso electromagnético que detonó formando una poderosa cúpula con sus efectos, un cortocircuito que desactivo todos los dispositivos en un centenar de metros.

El carruaje gravitatorio cayo de golpe sobre la carretera, los fusiles láser y todas las células de energía quedaron anuladas en un instante.

Y los implantes cerebrales del mallahgra y del azhdarchid lanzaron una simultanea lluvia de chispas.

-¡No…!- murmuró Raeven.

El mallahgra soltó un rugido y se arrancó los cepos con la misma facilidad con que un hombre se desprende de una corbata floja. Lanzó los restos del artefacto contra la multitud, la fuerza del impacto de los trozos de bronce hizo volar cadáveres por los aires. Las membranas nictitantes de sus múltiples ojos parpadearon, como si la bestia estuviera despertando de una larga hibernación y se encontrara a un rival en sus zonas de alimentación. El azhdarchid se encabritó, arañando el aire con sus alas y chillando de furia al encontrarse unido con un yugo a un trozo de metal muerto.

-¡Ayúdame a levantarme!- gritó Albard, vencido por el peso de su armadura.

Raeven miró estúpidamente a su hermano. -**¿De qué estás hablando? Levántate sólo. Tú eres el que está en la armadura.**

-Armadura de fusión- señaló Albard, y Raeven finalmente comprendió.

-No te puedes mover- dijo Raeven. -**Los sistemas están fritos.**

-Lo sé, maldita sea- siseó Albard. -**Ahora, ayúdame.**

Raeven levantó la vista y vio al mallahgra rugir cuando vio algo contra lo que dirigir su ira. Los huscarls montados cargaron contra la bestia, las lanzas láser

bajaron con sus puntas conductoras lanzando crepitantes arcos de energía, pero la bestia saltó repentinamente entre ellos y comenzó a destrozarles con sus brazos. Hombres y caballos fueron lanzados por los aires, mutilados por los golpes de la bestia.

Los disparos cosieron toda la piel del mallahgra, quemando su pellejo, pero fueron incapaces de penetrar la rugosa piel y las densas capas de tejido muscular de debajo. Raeven se volvió a ver qué tipo de problemas mantenían a su padre fuera de la lucha, de todas las armas allí presentes, el Caballero, era posiblemente, la única que podía matar a un mallahgra enfurecido.

La montura mecánica de Cyprian Devine silbaba y crepitaba entre descontrolados arcos eléctricos, sus sistemas de control luchaban por mantenerse activados. El Caballero había estado a punto de explotar, pero se había salvado de parte de la fuerza del pulso electromagnético.

Sin embargo, no había escapado por completo, sus sistemas estaban luchando por restablecerse.

-¡Típico!- dijo Raeven. -**Justo cuando más le necesitamos…**

Arrastró la espada de Albard fuera de su pesada vaina, pero maldijo cuando se dio cuenta de que era un arma de energía y por lo tanto inútil. El arma ni siquiera tenía hoja, sólo estaba preparada para ser usada confiando en la fuerza de la energía para cortar la armadura del oponente.

Se escucho un crujido de madera al astillarse y el azhdarchid finalmente se libero del yugo que lo sujetaba al carruaje gravitatorio.

-¡Deprisa Raeven!- suplicó Albard. -**¡Ayúdame!**

Los ojos de su hermano estaban llenos de miedo. Albard podía oír el mallahgra, su rugido espeluznante y los golpes de sus manos con garras impulsándose hacia adelante, pero no podía verlo, el miedo a lo desconocido lo había privado de su valor. Ya había perdido un ojo en manos de una bestia como esa y no tenía la menor prisa en interponerse en el camino de está.

-Lo siento, hermano- dijo Raeven, sin soltar la inútil espada.

Se puso en pie, pero antes de que pudiera girarse y echar a correr, el mallahgra ya estaba sobre él.

La bestia tenía sus múltiples ojos confusos e inyectados en sangre, pero supo reconocer la carne fresca en cuanto la vio. Una zarpa con tres garras se dirigió a Raeven, pero sus perfeccionados reflejos consiguieron esquivarla. Se giró y balanceo la espada, que rebotó sin lograr el menor efecto en la gruesa piel del monstruo. La bestia rugió y lanzó su segmentada cabeza de tiburón hacia él. Dientes como sierras cortaron su ropa y abrieron unas profundas heridas en su pecho y hombro. Raeven gritó de dolor y rodó bajo las patas de la bestia para esquivar el ataque.

Más soldados avanzaron, disparando sus fusiles desde la cadera. El azhdarchid cargó contra ellos, sus pesadas alas se abrieron y golpearon como pesadas mazas, los espolones atravesaban a media docena de hombres en cada barrido. Su afilado pico partía por la mitad a los guerreros blindados junto a sus monturas.

Raeven se puso y corrió hacia la ciudadela, con la esperanza de que alguien del interior tuviera la suficiente presencia de ánimo como para abrir las malditas puertas. Pero se detuvo en seco cuando una chirriante pierna de acero se poso a su lado, cerrándole el paso. La estela de los escudos iónicos del Caballero derribo a Raeven, aplastándolo contra el suelo cuando el Caballero pasó a su lado, dejando un rastro de chispas y combustible.

El mallahgra contra cargó Cyprian, lanzando sus dos brazos para abrazar a su montura, pero el padre de Raeven no estaba de humor para una pelea cuerpo a cuerpo.

Los tubo-lásers abrieron fuego, abriendo profundos cráteres sangrientos en el pecho de la bestia, atravesándolo y arrancando abrasados trozos de su espalda. El mallahgra gritó por la ira y el dolor, pero su atrofiado sistema nervioso aún debía recibir más castigo antes de ser reducido. Un atronador golpe se estrelló contra la cabina del Caballero, que Raeven vio que permanecía obstinadamente abierta, lanzando trozos de afilado acero a su interior.

La mandíbula de la bestia se cerró sobre el caparazón blindado del Caballero con un ronco bramido, pero los dientes resbalaron, abriendo surcos plateados en el blindaje. Trozos de blindaje desgarrado cayeron alrededor de Raeven, que tuvo que

saltar a un lado para evitar ser aplastado por los restos. Los tubo-lásers dispararon de nuevo, y está vez, el mallahgra sí se sintió herido.

Una sangre pegajosa llovió sobre Lord Devine cuando liberó su sable-sierra y su generador interno finalmente superó los efectos del pulso electromagnético. El enorme sable-sierra rugió a la vida, sus dientes, cada uno mayor que en antebrazo de un hombre, giraron a tal velocidad que era imposible distinguirles. La rugiente hoja se clavó en los intestinos del mallahgra, destrozando su corazón y sus pulmones, y surgió por su hombro en medio de una explosión de hueso y carne triturados. La bestia aulló cuando Cyprian arrancó el mortal sable de su cuerpo, su brazo, junto a la mayor parte de su costado derecho, se desprendió de su columna vertebral, amputado por la terrible arma.

Con razón se conocía a Cyprian Devine como Cuchilla del Infierno.

Aceptando finalmente que ya estaba muerto, el mallahgra se desplomó de rodillas, su brazo restante cayó inerte a un lado tras deslizarse inofensivamente sobre el blindaje salpicado de sangre del Caballero. El cadáver rodo de costado y un hedor nocivo se mezcló con el olor a sistemas eléctricos quemados de la máquina herida.

Cyprian hizo girar el cuerpo del Caballero para mirar hacia abajo, hacia Raeven. La sangre cubría el rostro de su padre, Raeven vio dos trozos de acero clavados en su cuerpo, uno en el estómago y otro atravesándose el hombro. El chasis acorazado del Caballero se combó por la simbiosis hombre-máquina, pero Cyprian Devine no estaba dispuesto a dejar que unas heridas potencialmente mortales le ralentizasen.

-Lleva a tu hermano al Santuario- ordenó con los dientes apretados.

Una vez pasado el peligro inmediato, Raeven se puso en pie y se pasó una mano por la cara.

-¿No pretenderá que sigamos adelante con la Conversión después de todo esto?- dijo.

-Ahora más que nunca- le espetó Cyprian. -**Haz lo que te digo, muchacho. Ambos debéis ser conectados esta noche a vuestras armaduras. Los trajes ya han sido preparados y consagrados, os están esperando en la Bóveda Transcendental. Si no sois vinculados ahora con ellos, nunca os aceptaran.**

Raeven asintió mientras su padre giraba el Caballero y salía con paso desigual tras el desbocado azhdarchid. Sus chillidos, unos gritos ululantes que subían desde valle abajo, donde los soldados de Devine aún trataban de derribarlo.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Raeven al darse cuenta de que la gente a su alrededor estaba gritando su nombre, pero le tomó un momento entender el por qué.

Se puso en pie junto al cadáver del mallahgra eviscerado con la espada en la mano, cuya hoja empezaba ahora a despertar a la vida y resplandecía con un resplandor púrpura. No les importaba que él no hubiera matado a la bestia, sólo que había estado allí, en pie contra ella.

Levantó la espada prestada y gritó. **-¡Devine!**

Dos Regimientos de la Guardia del Alba les esperaban dentro de la ciudadela, pero todo el esplendor ceremonial había sido dejado a un lado cuando en el momento del intento de asesinato. Oficiales y soldados habían desechado sus altos y estriados cascos, los ondeantes banderines y sus corazas adornadas con oro y plata. Los soldados habían querido marchar para luchar junto a su amo y señor, pero su deber con los hijos de Lord Devine les mantuvo dentro de la ciudadela.

Raeven sintió una punzada de pesar, el ataque del mallahgra le había robado la oportunidad de desfilar ante estos hombres en su camino hacia el Santuario, pero se contentó con la multitud que gritaba su nombre más allá de los muros.

-Si yo fuera un hombre supersticioso, estaría tentado a pensar que este ataque era un mal presagio- dijo.

-Y sí yo creyera en los presagios, puede que estuviera de acuerdo contigo- dijo Albard, entre jadeos y sin aliento por el esfuerzo de caminar con la voluminosa armadura de fusión con el generador apagado y sin fuerza motriz.

-¿Vistes el tamaño de ese mallahgra?- dijo Raeven, dejando escapar un reprimido suspiro mientras los cortes de su brazo palpitaban dolorosamente. -**Trono, pensé que me iba a matar.**

-Casi nos mata a los dos- jadeó Albard, su rostro lleno cicatrices estaba pálido y aún tenía los ojos muy abiertos por el miedo.

-Casi me mata- le corrigió Raeven, extendiendo su brazo ensangrentado y haciendo todo lo posible para ocultar lo mucho que realmente le dolía. -**Esa bestia no era a ti a quien estaba mirando como si fuera su próxima comida.**

-Tienes suerte de estar vivo- admitió Albard.

Raeven se dejó caer en una pose de esgrima y tendió la espada de Albard. -**¿Yo?-** dijo con una amplia sonrisa. -**El mallahgra fue el afortunado. Si tu espada no se hubiera cortocircuitado, le habría cortado el brazo.**

-Afortunadamente, entonces.

-Si padre no hubiera intervenido, juro que habría despiezado, miembro a miembro.

El generador de fusión de doble tambor de la armadura de Albard comenzó a producir una serie de alarmantes sonidos en los mecanismos de control de sobrecarga y silbó cuando comenzaron a escapar gases. Los destrozados sistemas eléctricos comenzaron a expulsar un humo azulado.

-Ayúdame a librarme de esta maldita armadura- dijo Albard, el fugaz momento de cordialidad fraterna terminó de repente.

Raeven se alejó de su hermano cuando un gemido penetrante surgió del generador. Sabía por sus largos años de entrenamiento que ante una situación similar los arcaicos sistemas de la armadura de fusión eran peligrosamente temperamentales. Sólo los sacerdotes del Mechanicus tenían los conocimientos necesarios para mantener esa tecnología obsoleta, pero tenían poco interés en servir a esas herencias familiares.

-No soy tu maldito escudero- contestó Raeven. -**Hazlo tu mismo.**

-Date prisa, antes de que el reactor de fusión me abrase a través de las placas.

Raeven negó con la cabeza e hizo gestos hacia un trío de Sacristanes que esperaban su permiso para acercarse. -**Vosotros tres, sacadlo de su armadura. ¡Rápido! Antes de que el reactor le queme.**

Los hombres de túnica roja corrieron para ayudar al hijo mayor de Lord Devine. Un Sacristán con un abultado cilindro con marcas de "peligro" conectó varios cables para introducir los códigos de desactivación del núcleo del reactor. Otros tubos cubiertos de escarcha comenzaron a inyectar fluidos refrigerantes. Otras dos

herramientas eléctricas se desplegaron para retirar los pernos, eliminar los corchetes de cierre y las placas humeantes de la armadura empezaron a ser retiradas del cuerpo de Albard.

Mientras Raeven observaba el trabajo, tuvo un repentino destello de memoria, recordando al hombre que había detonado el pulso electromagnético en la Vía Argentum.

-Era un Sacristán- dijo.

-¿Quién?- preguntó Albard.

-El atacante. Vestía la túnica de un Sacristán.

-No seas absurdo- dijo Albard, mirando hacia abajo, hacia los hombres que trabajaban para eliminar su inútil armadura. -**¿Qué razón podría tener un Sacristán para asesinar a padre?**

-Confía en mí, padre tiene un carácter que le ha hecho ganarse muchos enemigos.

Otro recuerdo llegó hasta él, el atacante era un Sacristán y era un Sacristán que Raeven ya había visto antes. Hace unos meses, mientras iba de camino a una de sus citas clandestinas en el dormitorio de Lyx, había visto a ese hombre vagando por las cámaras superiores de la torre de Albard. Deseando que se fuera, le castigó por llevar un tatuaje similar a un símbolo del culto de la serpiente. Tras hacerle varias reverencias, el hombre le prometió que se lo retiraría y Raeven olvido todo el asunto.

Había pensado que la presencia del Sacristán se debía a algún asunto relacionado con el mantenimiento de un Caballero, pero ahora, esa explicación le parecía poco probable.

Albard se quitó la última pieza de su armadura y se alejó del montón de chapas humeantes como si se tratara de un montón de estiércol de xenos o de un peticionario.

-Gracias por nada, Raeven- dijo Albard, mirando las humeantes y destrozadas piezas.

-Te dije que era una estupidez llevarla puesta.

-¿Qué me has llamado?- dijo Albard acercándose a él con el ceño fruncido y amenazante.

Si el hermano de Raeven pensaba que podía amedrentarlo con semejante teatralidad es que era incluso más tonto de lo que él había pensado.

-Ibas a tener que quitártela en el Santuario- dijo Raeven. -**Tras esta noche, nunca volverá a ser usada de nuevo, así que ¿por qué te importa tanto?**

-Es una reliquia de un valor incalculable, una herencia de nuestra familia- dijo Albard. -**Y está destrozada. Pensaba dejársela a mi primogénito a su mayoría de edad y este a…**

La inevitable escalada de su riña fue evitada por la llegada de un oficial de la Guardia del Alba y un escuadrón de soldados. Algunos todavía portaban partes de su armadura ceremonial, parecían un grupo de actores cómicos que jugaban a soldados.

-Mis señores- dijo el oficial. -**Tenemos que sacarlos de aquí ahora mismo.**

-¿Para qué?- preguntó Raeven. -**El mallahgra ha caído, sería toda una sorpresa que aún no hayan matado al azhdarchid.**

-Es cierto, mi señor- respondió el oficial **-pero, por lo tengo entendido, un cultista de la serpiente detonó una bomba electromagnética en la Vía Argentum.**

-Y le han volado la cabeza- señaló Raeven. -**Así que, probablemente ya no suponga ninguna amenaza.**

-Es muy poco probable que no trabajara sólo- replicó el oficial. -**Tendrá cómplices.**

-¿Cómo puedes saber eso?- exigió Albard.

-Es lo que yo haría si hubiera planeado asesinar a Lord Devine.

Raeven dio una palmada en el hombro del oficial y sonrió a su hermano. -**Es bueno saber que estamos siendo protegidos por hombres que están pensando cómo nos podrían matar, ¿eh?**

El oficial palideció y Raeven rió.

-Dirígenos, buen hombre- dijo. -**Antes de que el culto a la serpiente nos mate a todos.**

Escoltados por trescientos soldados fuertemente armados, Albard y Raeven se abrieron paso a través de los recintos fortificados de la Ciudadela del Alba. Lo que debería haber sido un paseo triunfal hacia el Santuario, se convirtió en una apresurada marcha, con todos los hombres alertas ante la posibilidad de otro ataque traicionero. Atravesaron tres puertas, cada una lo suficientemente ancha como para permitirles pasar a todos, que luego se cerraron de golpe.

El Santuario era el corazón de la ciudadela.

Mientras que el resto de la Ciudadela del Alba había sido construida en la misma piedra ocre de las montañas, el Santuario había sido construido por los primeros pobladores de Molech y su estructura se parecía muy poco a la fortaleza que había sido levantada a su alrededor.

Estaba claro que era de antigüedad inimaginable, resultaba evidente que su planta circular era la cúpula geodésica que, claramente, adornó una vez el casco de una nave espacial. Casi la totalidad de la estructura del Santuario había sido una vez parte de un navío interestelar, sus torres habían sido rescatadas de la superestructura de la nave, sus paredes de las planchas exteriores del casco y sus imponentes puertas negras y plateadas de una enorme cámara interna.

Esta era la puerta de entrada a la Bóveda Transcendental. Cuando los Caballeros de Molech cabalgaban a la batalla, salían desde estas puertas.

El Santuario había sido ampliado y embellecido a los milenios transcurridos desde su construcción, lo que una vez fue funcional y gris, ahora estaba engalanado con banderas de colores, gárgolas de acero y afiladas agujas. Una bandera con el águila imperial colgaba desde un mástil de la cúpula central, debajo, dispuestas alrededor de ella, en un nivel inferior, estaban las banderas con la heráldica de la diferentes Casas Nobiliarias. El simbolismo de las banderas era más que evidente, Raeven se maravilló de su falta de sutileza.

Cuando el Emperador chasqueaba los dedos y llamaba al pueblo de Molech a la guerra, estos no tenían otra opción que acudir.

¿Era sólo él quien se sentía ofendido por el predominio evidente y la forma en la que cada elemento de la iconografía Imperial había sido elevado por encima de la

de Molech? Seguramente, él no sería el único que podía verlo, pero parecía que era al único al que le importaba.

Dos grandes escaleras procesionales de hierro comenzaban a cada lado de la puerta principal, girando alrededor del edificio antes de encontrarse en la parte superior, en una entrada circular más pequeña, una más adecuada a la escala de los mortales. De esta entrada superior surgieron dos columnas gemelas de Sacristanes vestidos de rojo para llevar a los hijos de Lord Devine hasta el Ritual de la Conversión. Raeven dejó a un lado su resentimiento contra el Imperio mientras se imaginaba que salía cabalgando por la Puerta Trascendental, conectado a su propia armadura de Caballero.

La emoción ilumino su rostro y miró a Albard, esperando ver en su rostro lleno de cicatrices las mismas señales de exaltación. Pero el rostro de su hermano estaba mortalmente pálido y una capa de sudor recubría su piel.

La Cámara de los Ecos no era llamada así por sus propiedades acústicas, aunque eran bastante impresionantes. El sonido de las pisadas de Raeven resonó en el lejano techo, un dosel suspendido cubierto de gruesos cables y silbantes tuberías, algo que parecía las enredaderas de una selva o… un enorme nido de serpientes. El suelo era un mosaico de rejillas de acero, las viejas placas de la olvidada nave estelar que había sido canibalizada para crear la estructura del Santuario.

Una tenue luz ultravioleta brillaba a través de las tuberías del techo, unas parpadeantes electro-velas se encendieron en unos apliques de hierro que una vez fueron las tapas de los pistones de un motor. Dos enormes tronos mecanizados se levantaban sobre una tribuna elevada en el centro de la cámara, dispuestos de tal manera que los ocupantes estuvieran el uno frente al otro.

-El Trono Mechanicus- dijo el acólito que los había llevado dentro **-con el que cada uno de ustedes se reunirá con su armadura.**

Dieron varias vueltas alrededor de la estructura interna del Santuario, mientras los Sacristanes que les acompañaban tomaban posiciones junto a los acólitos del Mechanicus, tomando posiciones para la preparación del ritual. Finalmente, sólo quedo uno, un siervo de cabeza afeitada, el que normalmente asistía a su padre.

Raeven ya sabía, sin necesidad de que nadie se lo dijera, cuál de los Tronos era el suyo y subió los escalones de hierro para sentarse. Apenas lo había hecho, cuando

unos pesados grilletes de acero inmovilizaron sus tobillos y sus muñecas. Una capucha de plata se elevó desde la parte posterior del trono y se deslizó suavemente sobre su cabeza. Raeven sintió el calor de los contactos eléctricos y un zumbido cuando las clavijas conectaron con las entradas de la parte posterior de su cuello y de su columna vertebral.

La sensación de la invasiva penetración era cortante y fría, pero no desagradable.

Con la conexión establecida, Raeven parpadeó cuando escuchó un susurro de voces alrededor de él, como si una invisible multitud de distantes observadores hubieran entrado en silencio en la cámara para presenciar la Conversión.

-Mi Señor- dijo el Sacristán, haciendo un gesto hacia el trono frente a Raeven.

Albard asintió, pero no hizo ningún movimiento para subir las escaleras hacia su trono.

-¿Qué te pasa hermano?- dijo Raeven. -**¿Nervioso?**

Albard le lanzó una mirada enojada. -**Así no es como se suponía que debía funcionar-** dijo. -**¿Y los catecismos? ¿Y las palabras que debíamos pronunciar? Esto no es lo que esperaba.**

El Sacristán asintió. -**Debido al lamentable incidente ante la Puerta Argent, Lord Devine nos ha ordenado que prescindamos de la mayor parte del ritual formal asociado a la Conversión.**

El tono del Sacristán no dejaba lugar a dudas sobre lo que pensaba sobre esa orden en particular. Al igual que sus supervisores del Mechanicus, los Sacristanes eran muy respetuosos con la tradición, los rituales y el dogma.

-Pero deben hacerse, para ayudarnos a vincularnos con la armadura de Caballero- protesto Albard.

-Lord Devine piensa que usted sería más que capaz de establecer la conexión sin ellos- dijo el Sacristán. -**Insistió mucho en ello.**

Albard tragó saliva y Raeven saboreó el malestar de su hermano. Normalmente era tan brusco y arrogante como su padre, verlo tan asustando era algo muy raro.

-Mi señor, por favor- rogó el Sacristán.

-Muy bien, maldito seas- le gritó Albard, subiendo finalmente las escaleras y sentándose en su trono.

Los mecanismos de retención se fijaron alrededor de las extremidades de su hermano y la capucha de plata subió para envolver la parte superior de su cráneo. Albard se sacudió e hizo un gesto de dolor cuando las clavijas rozaron su cuerpo y rasparon la piel infectada alrededor de conexiones de su cuerpo.

Los ojos de Raeven se reunieron con los de Albard y se permitió la momentánea satisfacción de ver la debilidad en lo más profundo de su hermano, una emoción enterrada y casi invisible para la mayoría de las personas que lo conocían. Pero ahora estaba allí, horriblemente expuesta y saltando a la vista.

-¿Listo, hermano?- dijo Raeven.

Albard no contestó, su mandíbula temblaba por el miedo.

Satisfecho porque ambos hombres estuvieran perfectamente asegurados en sus tronos, el Sacristán se inclinó y le susurró algo al oído de Albard. Tan perfecta era la acústica de la cámara que Raeven escuchó cada palabra y sus ojos se agrandaron al ver la expresión de horror en el rostro de su hermano.

-¡Los dioses serpiente viven!- dijo el Sacristán.



V

En amanecer iba abriéndose camino por el valle mientras Cebella Devine observaba a Lyx subir los escalones de los altos muros, desde lo que se divisaba el escenario de la masacre del día anterior.

Los huscarls guardaespaldas de Cebella se mantenían a una respetuosa distancia, ella sintió como su corazón se aceleraba al acercarse Lyx.

-¿Está hecho?- preguntó Cebella, sin volverse hacia la chica.

-Lo está- confirmó Lyx.

-¿Y?

-Hubo complicaciones…- dijo Lyx, disfrutando claramente de la mirada de irritación que se dibujó en el rostro de Cebella.

-No me hagas perder el tiempo, Lyx. Habla.

-Raeven fue conectado con éxito. Su Caballero es un potro, salvaje y fuerte.

-¿Y Albard?

Lyx hizo una pausa, su rostro reflejó una burlona mueca de dolor. -**Me apena decir que tras el incidente en la Vía Argentum, la mente de Albard no estaba preparada para soportar una noche en la Cámara de los Ecos.**

-¿Está vivo?- preguntó Cebella.

Lyx asintió. -**Lo está, pero su Caballero se negó a unirse con él y las reaccione bio-neuronales del rechazo han dañado irremediablemente su mente. Me temo que lo hemos perdido para nosotros.**

Cebella finalmente se dignó en volver la cara hacia Lyx. Las dos mujeres compartieron una mirada que un extraño pudo confundir con dolor compartido pero, de hecho, fue complicidad compartida.

-Tu mascota, el Sacristán dio todo un espectáculo- dijo finalmente Cebella.

-Un hombre hace muchas tonterías por lujuria- contestó Lyx.

-Pero no pudo matar a Cyprian- dijo Cebella. -**Dos veces empalado y el viejo hijo de puta cascarrabias todavía respira. Casi lo admiro por eso. Casi.**

-Sí, Cyprian aún vive, pero mira lo que logro Raeven- señaló Lyx. -**La gente lo vio en pie, luchando contra un mallahgra tan solo con una espada desactivada. De esos cuentos nacen las leyendas.**

-¿Tenemos necesidad de leyendas?

-La tendremos- dijo Lyx, cuando un mareo momentáneo pasó a través de ella y creyó ver la imagen de un ojo de color ámbar ardiente y una tormenta arrolladora que se extendía por todo el horizonte.

-¿Otra visión?- preguntó Cebella, extendiendo una mano para sostenerla.

-Tal vez- asintió Lyx.

-¿Qué has visto?- exigió Cebella, manteniendo bajo tu tono de voz.

-Un tiempo de grandes cambios está llegando a Molech- dijo Lyx. -**Han de pasar aún muchos años, pero cuando estos lleguen, se producirá una guerra terrible. La Casa Devine jugará un papel fundamental en ella.**

-¿Y Raeven?

-Será un gran guerrero, sus acciones cambiaran el curso de la guerra.

Cebella sonrió y soltó el brazo de Lyx. Alzó la vista hacia el cielo que clareaba y se imaginó los mundos que su hijo reclamaría como propios. Lyx no era la única Adoratriz que tenía el don de ver el futuro, pero sus poderes secretos crecían día a día y eran mucho más fuertes que cualquiera que Cebella hubiera visto antes.

-Tienes grandes ambiciones para tu hermano gemelo- dijo Cebella.

-No más que tú, madre- contesto Lyx. -**No más que tú.**

FIN DEL RELATO